

»por medio de sus pasiones. ¡Qué naturaleza tan excelente
 »y tan maravillosamente enriquecida con dones la de Neron!
 »¡Qué alma de artista la de aquel Heliogábalo que organizó
 »la prostitucion! Y en cuanto á Tiberio, ¡qué carácter el su-
 »yo tan poderoso y tan grande! Y al revés, ¿dónde hay pa-
 »labras para encarecer bastante á la sociedad que produjo
 »aquellas almas divinas, y que dió el sér, sin embargo, á
 »Tácito y Marco Aurelio? ¡Y eso es lo que nuestros socialis-
 »tas llaman bondad ingénita del hombre y santidad de sus
 »pasiones! Una Safo, llena de arrugas y abandonada de sus
 »amantes, pone la cerviz al yugo del matrimonio; desinte-
 »resada del amor, se resigna al himeneo. ¡Y á esa mujer la
 »llaman santa! ¡Lástima grande que esta palabra no tenga
 »en francés el doble sentido que tiene en la lengua hebrea!
 »Todo el mundo estaria entonces de acuerdo acerca de la
 »santidad de Safo!» El sarcasmo reviste aquella forma elo-
 »cuentemente brutal, que pudiera llamarse la forma proudho-
 »niana, en el capítulo 12 de la misma obra, en donde
 Mr. Proudhon se explica de esta manera: «Pasemos de corri-
 »da al lado de esas constituciones sansimonianas y fourrie-
 »ristas, y de todas las otras de la misma laya, cuyos auto-
 »res van prometiendo á voces por las plazas y las calles
 »unir con dichosa lazada el amor libre con el pudor y la de-
 »licadeza y la espiritualidad más pura; triste ilusion la de
 »un socialismo abyecto, último sueño de la crápula en deli-
 »rio. Dad vuelo á la pasion por medio de la inconstancia, y
 »luego al punto la carne tiranizará al espíritu; los amantes
 »no serán entre sí sino viles instrumentos de placer; á la fu-
 »sion de los corazones sucederá el prurito de los sentidos,
 »y... para formarse un juicio sobre tales cosas, no es me-
 »nester haber pasado, como San Simon, por las aduanas de
 »la Vénus popular.»

Despues de haber expuesto é impugnado en general las
 teorías socialistas relativas, á los problemas que son asunto

de este libro, solo nos falta exponer é impugnar la teoría de
 Mr. Proudhon, relativa á estos mismos problemas, para po-
 ner un término á este largo y complicado debate. Mr. Proudhon
 expone compendiosa, pero cumplidamente, su doctrina
 en el capítulo 8 de la obra que acabamos de citar, por las
 palabras siguientes: «La educacion de la libertad, la suje-
 »cion de nuestros instintos, el rescate ó la redencion de
 »nuestra alma, eso es lo que significa, como lo ha demos-
 »trado Lessing, el misterio cristiano interpretado rectamen-
 »te. Esta educacion durará tanto como nuestra vida y la del
 »género humano. Moises, Budha, Jesucristo, Zoroastro fue-
 »ron todos apóstoles de la expiacion, y símbolos vivos de la
 »penitencia. El hombre es por naturaleza pecador, lo cual
 »no quiere decir precisamente que sea malo, sino más bien
 »que está mal hecho. Su destino es estar ocupado perpétua-
 »mente en volver á crear su propio ideal dentro de sí mismo.»

En esta profesion de fé hay algo de la teoría católica,
 algo de la socialista, y algo que ni es de la una ni de la otra,
 y constituye por lo mismo la individualidad de la teoría proud-
 honiana.

Lo que hay aquí de la teoría católica, consiste en el reco-
 nocimiento de la existencia del mal y del pecado, en la con-
 fesion de que el pecado está en el hombre y no en la socie-
 dad, y de que el mal no viene de la sociedad sino del hom-
 bre; por último, hay aquí de la teoría católica el reconoci-
 miento explícito de la necesidad de la redencion y de la pe-
 nitencia.

Lo que hay de la teoría socialista, está en la afirmacion
 de que el hombre es el redentor. Lo que constituye la indi-
 vidualidad de la teoría proudhoniana, consiste, por una par-
 te, en este principio contradictorio de la teoría socialista,
 conviene á saber: que el hombre redentor no redime á la so-
 ciedad, sino que se redime á sí propio; y en este otro, con-
 tradictorio de la teoría católica: que el hombre no se ha he-

cho malo, sino que, al revés, ha sido mal hecho. Dejando á un lado, por una parte, lo que en esta teoría hay de conforme con la católica, y por otra, lo que hay en ella de conforme con la socialista, me haré cargo solamente de lo que la constituye diferente de las otras, de aquello en virtud de lo cual deja de ser socialista ó católica para ser exclusivamente proudhoniana.

La individualidad de esta teoría consiste en afirmar que el hombre no es pecador sino porque ha sido mal hecho. Caminando en esta suposición, Mr. Proudhon ha dado una prueba insigne de sana razón y de buena lógica, buscando al Redentor fuera del Hacedor, por ser cosa clara que por aquel que hemos sido mal hechos no podemos ser bien redimidos. No pudiendo ser Dios el redentor, y siendo el redentor necesario, había de serlo el hombre ó el ángel. Estando dudoso de la existencia del ángel, y cierto de la necesidad de la redención, no teniendo á quien dar este encargo, se le ha dado al hombre, que es á un mismo tiempo pecador, y redentor de su pecado.

Todas estas proposiciones están bien trabadas y adheridas entre sí: por donde todas ellas flaquean, es por el hecho que las sirve de fundamento y de base; porque, ó el hombre ha sido bien, ó mal hecho: en el primer caso, viene á tierra la teoría, y en el segundo procede la argumentación siguiente: Si el hombre está mal hecho y es su propio redentor, hay contradicción manifiesta entre su naturaleza y su atributo; como quiera que el hombre, por mal hecho que esté, si está hecho de manera que pueda enmendar la obra de su Hacedor hasta el punto de redimirse, lejos de ser una criatura mal hecha es una criatura perfectísima; porque ¿cómo puede imaginarse perfección mayor que la que consiste en la facultad de borrar todos sus pecados, de enmendar todas sus imperfecciones, y para decirlo todo de una vez, en la de redimirse á sí propio? Ahora bien, si en el hecho de ser su propio re-

dentor, cualesquiera que sean sus imperfecciones por otra parte, es el hombre un sér perfectísimo, afirmar de él á un mismo tiempo que ha sido mal hecho y que es su propio redentor, es afirmar lo que se niega y negar lo que se afirma; porque es afirmar que ha sido hecho perfectísimo, y que ha sido mal hecho. Y no se diga que sus imperfecciones le vienen de Dios, y que la altísima perfección que consiste en redimirse le viene de sí propio; porque á esto se responde que el hombre no hubiera podido llegar nunca á ser su propio redentor, si no hubiera sido hecho con la facultad de llegar á esa grande altura, ó por lo ménos con la facultad de adquirir esa facultad en la sucesión de los tiempos. Alguna de estas cosas es necesario conceder; y aquí conceder algo es concederlo todo, como quiera que si cuando fué hecho era su redentor en potencia antes de serlo actualmente, esa potencia, á pesar de todas sus imperfecciones, le constituyó perfectísimo. Luego la teoría proudhoniana no viene á ser otra cosa sino una contradicción en los términos.

La conclusión de todo lo dicho es que no hay escuela ninguna que no reconozca la existencia simultánea del bien y del mal, y que sólo la católica explica satisfactoriamente la naturaleza y el origen del uno y del otro, y sus varios y complicados efectos. Ella nos enseña cómo no hay bien ninguno que no venga de Dios, y cómo todo lo que procede de Dios es un bien; de qué manera comienza el mal con el primer desfallecimiento de la libertad angélica y de la humana, que de obedientes y sumisas se vuelven rebeldes y prevaricadoras; y de qué modo y hasta qué punto esas dos grandes prevaricaciones lo mudan todo con sus influencias y sus estragos. Ella nos muestra, por último, que el bien es de suyo eterno, porque es de suyo esencial; y que el mal es una cosa transitoria, porque es un accidente: de donde se sigue que el bien no está sujeto á caídas y mudanzas, y que el mal puede ser borrado, y el pecador redimido. Reservando

para más adelante la explicacion de aquellos grandes y soberanos misterios, con cuya virtud prodigiosa el mal fué extirpado en su origen, nos hemos limitado en este libro á poner como de relieve la soberana industria y el portentoso artificio con que Dios convierte los efectos de la culpa primitiva en elementos constitutivos de un bien superior y de un orden excelente; por eso expusimos de qué manera el bien sale del mal por la virtud de Dios, despues de haber expuesto de qué manera sale el mal del bien por culpa del hombre, sin que la accion humana y la reaccion divina impliquen rivalidad de ninguna especie entre séres que están separados por una distancia infinita.

En cuanto á las escuelas racionalistas, el exámen de sus varios sistemas sirve para demostrar su profundísima ignorancia en todo lo que tiene relacion con estas altas cuestiones. Por lo que hace á la liberal, su ignorancia es proverbial entre los doctos: en calidad de lega, es esencialmente anti-teológica; y en calidad de antiteológica, es impotente para dar un gran impulso á la civilizacion, que es siempre el reflejo de una teología. Su oficio propio es falsear todos los principios, combinándolos caprichosa y absurdamente con aquellos otros que los contradicen: por aquí piensa llegar al equilibrio, y no llega sino á la confusion; piensa ir á la paz, y va á la guerra. Pero como quiera que sea cosa imposible sustraerse de todo punto al imperio de la ciencia teológica, la escuela liberal es ménos lega de lo que ella cree, y más teológica de lo que á primera vista parece. La cuestion del bien y del mal, la más esencialmente teológica entre cuantas pueden imaginarse, viene planteada y resuelta por sus doctores, si bien se echa de ver desde luego que ignoran el arte de plantearla y el modo de resolverla. En primer lugar, prescinden de la cuestion relativa al mal en sí, al mal por excelencia, para ocuparse solo en cierto género de males; como si fuera posible que el que ignora qué cosa es el mal,

pueda saber qué cosa son los males particulares: en segundo lugar, particularizando el remedio como particularizaron el mal, le descubren solamente en ciertas formas políticas; ignorando que esas formas son de todo punto indiferentes, como lo enseña la razon y lo demuestra la historia. Señalando el mal allí donde no está, y el remedio allí donde no se encuentra, la escuela liberal ha puesto la cuestion fuera de su verdadero punto de vista, con lo cual ha introducido la confusion y el desórden en las regiones intelectuales. Su efímera dominacion ha sido funesta á las sociedades humanas, y durante su reinado transitorio, el principio disolvente de la discusion ha dado al traste con el buen sentido de los pueblos. En este estado de la sociedad no hay trastorno que no sea de temer, ni catástrofe que no pueda venir, ni revolucion que no sea inevitable.

Por lo que hace á las escuelas socialistas, con solo considerar la manera que tienen de plantear las cuestiones, se echa de ver su superioridad sobre la liberal, la cual no está en estado de oponerlas resistencia ninguna. Siendo como son esencialmente teológicas, miden los abismos en toda su profundidad, y no carecen de cierta grandeza en la manera de plantear los problemas y de proponer las soluciones. Empero consideradas más atentamente, y cuando se entra en el laberinto intrincado de sus soluciones contradictorias, luego al punto se descubre su flaqueza radical, disimulada un tanto con sus apariencias grandiosas. Los sectarios socialistas son á la manera de los filósofos paganos, cuyos sistemas teológicos y cosmogónicos venian á ser un monstruoso conjunto, por una parte, de tradiciones bíblicas desfiguradas é incompletas, y por otra, de hipótesis insostenibles y falsas. Su grandiosidad les viene de la atmósfera que las rodea, impregnada toda ella de emanaciones católicas; y sus contradicciones y su flaqueza, de la ignorancia del dogma, del olvido de la tradicion, y de su desprecio por la Iglesia, depositaria universal de los

dogmas católicos y de las tradiciones cristianas. A semejanza de nuestros dramáticos de otra edad, los cuales confundiendo todo grotesca aunque ingeniosamente, ponían en boca de César discursos dignos del Cid, y sentencias dignas de los caballeros de Cristo en boca de los adalides moros, los socialistas de nuestros tiempos están perpétuamente ocupados en dar un sentido racionalista á las palabras católicas, dando ménos pruebas de ingenio que de candor, y mostrándose alguna vez ménos maliciosos que inocentes.

Nada hay ni ménos católico ni ménos racionalista que entrar á saco la ciudad racionalista y la ciudad católica, tomando de aquella las ideas con todas sus contradicciones, y de esta las vestiduras con todas sus magnificencias. El Catolicismo por su parte no consentirá ni esos escandalosos amañeos, ni esa vergonzosa confusion, ni esos torpes despojos. El Catolicismo está en estado de demostrar que él solo posee el índice ordenado de todos los problemas políticos, religiosos y sociales; que él solo está en el secreto de las grandes soluciones; que no vale concederle á medias y negarle á medias, ni tomarle sus palabras para cubrir con ellas la desnudez de otras doctrinas; que no hay ni otro mal ni otro bien, sino el bien y el mal que él señala; que las cosas no pueden ser explicadas sino de la manera que él explica las cosas; que solo el Dios que él aclama es el Dios verdadero; que la humanidad es lo que él dice que es, y no una cosa diferente; que cuando él ha dicho de los hombres que son entre sí hermanos, iguales y libres, ha dicho al mismo tiempo cómo lo son, de qué manera lo son, y hasta qué punto lo son; que sus palabras han sido hechas á la medida de sus ideas, y sus ideas para sostener á sus palabras; que es necesario proclamar la libertad, la igualdad y la fraternidad católicas, ó negar al mismo tiempo todas esas cosas y todos esos nombres; que el dogma de la redencion es exclusivamente suyo; que él solo nos enseña el por qué y el para qué de la redencion, y cómo se

llama el Redentor, y cómo se llama el redimido; que aceptar su dogma para estropearle es oficio de charlatan y una bufonada de mal género; que el que no es con él, es contra él; que él es la afirmacion por excelencia, y que contra él no se da sino una negacion absoluta.

De esta manera viene planteada la cuestion entre racionalistas y católicos. El hombre es soberanamente libre, y como libre puede aceptar las soluciones puramente católicas, ó las soluciones puramente racionalistas; puede afirmarlo todo ó negarlo todo; puede ganarse ó puede perderse; lo que el hombre no puede hacer, es mudar con su voluntad la naturaleza de las cosas, que es de suyo inmutable. Lo que el hombre no puede hacer, es encontrar reposo y descanso en el eclecticismo liberal ó en el eclecticismo socialista. Socialistas y liberales están en la obligacion de negarlo todo para tener el derecho de negar algo. El Catolicismo, considerado humanamente, no es grande sino porque es el conjunto de todas las afirmaciones posibles; el liberalismo y el socialismo no son débiles sino porque juntan en uno varias de las afirmaciones católicas y varias de las negaciones racionalistas; y porque en vez de ser escuelas contradictorias del Catolicismo, no son otra cosa sino dos escuelas diferentes. Los socialistas no parecen arrojados en sus negaciones sino cuando se les compara con los liberales, que en cada afirmacion ven un escollo y en cada negacion un peligro; su timidez empero salta á los ojos si se les compara con la escuela católica; solo entonces se echa de ver el arrojamiento con que ella afirma, y la timidez con que ellos niegan. ¡Cómo! ¿Os llamais los apóstoles de un nuevo evangelio, y nos hablais del mal y del pecado, de la redencion y de la gracia, cosas todas de que está lleno el antiguo? ¿Os llamais depositarios de una nueva ciencia política, social y religiosa, y nos hablais de libertad, de igualdad y fraternidad, cosas todas tan viejas como el Catolicismo, que es tan viejo como el mundo? Aquel que ha afirmado de sí que ensalza-

ria la humildad y que abatiria el orgullo, cumple en vosotros su palabra: él os condena á no ser sino torpes comentadores de su inmortal Evangelio, por lo mismo que aspirais con desatentada y loca ambicion á promulgar una nueva ley desde un nuevo Sináí, ya que no desde un nuevo Calvario.

LIBRO TERCERO.

PROBLEMAS Y SOLUCIONES RELATIVAS AL ÓRDEN EN LA HUMANIDAD.

CAPITULO PRIMERO.

TRANSMISION DE LA CULPA, DOGMA DE LA IMPUTACION.

Con el pecado del primer hombre se explica suficientemente aquel gran desórden y aquella formidable confusion que padecieron las cosas á poco de creadas (1), cuya confusion y cuyo desórden se convirtieron, como vimos, sin dejar de ser lo que eran, en elementos de un órden más excelente y de una más grande armonía, por aquella virtud secreta é incommunicable que está en Dios, de sacar el órden del desórden, de la confusion el concierto, y el bien del mal, por

(1) Es cierto que el pecado del primer hombre se siguió muy luego al acto de su creacion. Compendiemos lo que dice Suarez sobre este asunto (*Tractatus de opere sex dierum*, lib. VI, cap. VIII):

«Adán fué creado el sexto dia, fuera del Paraíso terrenal, á donde fué trasportado en seguida. Esto es lo que resulta de los capítulos I y II del Génesis; pero la Sagrada Escritura no dice á qué hora del dia fué su creacion. Este punto sigue, pues, siendo dudoso. Tampoco nos dice la revelacion cuánto tiempo trascurrió entre la creacion de Adán y su traslacion al paraíso terrenal: algunos